

Y allí, sentada al pié de la Virgen, que cada vez le atría más y más, de aquella Virgen que, cruzadas las manos, con sus piés desnudos que apenas si pisaban la tierra, en ademán de volar al cielo hacia el cual dirigía sus miradas, parecía la imagen de la pureza en místico y celestial arrobo; de aquella Virgen a la que su madre le enseñó a amar y rezar desde que empezó a balbucir las primeras palabras, a la que visitaba cotidianamente varias veces confiándole con amoroso e infantil abandono todas sus alegrías y todos sus pensamientos y todas sus cuitas y todos sus secretillos, a la que pedía siempre con insistencia filial el amor y la felicidad para todos los que amaba... allí, a la benéfica sombra de aquella Madre tan pura y tan santa, en cuyo amoroso regazo se consideraba tan segura y tranquila, allí se entregaba a la meditación de su secreta y tierna melancolía, de sus íntimos y alados sentimientos, que iban fluyendo ténueamente, gota a gota del fondo de su corazón, bañándola en una onda de blanda y arrulladora tristeza.

Sus ojos miraban entonces la azulada lejanía de los montes, las blancas nubes formando en el cielo figuras caprichosas, las bellas flores que esmaltaban las veredas del jardín, la linfa cristalina que el paisaje retrataba y... nada veían. Veían, sí, veían algo, pero era en el interior de su alma, en esas regiones misteriosas donde brotan los amores y los sueños... Y a las veces una lágrima surcaba sus mejillas... ¿Pero qué le importaba a ella aquella lágrima consoladora, aquella tierna melancolía con la que

tan bien se encontraba?... Iba comprendiendo que por algo se ha dicho que la vida es un manjar algo desabrido, al natural, y que es preciso sazonzarlo con la sal de las lágrimas.

Y por eso, aunque no se lo explicaba, aunque no podía explicárselo, encontraba una apacible quietud, una felicidad especial en aquella mezcla de angustia y de placer, de risas y de llantos, de alegría y de melancolía, y casi tenía miedo a ciertas felicidades, en cuyo fondo solo se descubre el desprecio del hombre y el olvido de Dios.

El otro día, desde una ventana de la casa que dá al jardín, sin que ella pudiera notarlo, la ví sentada a los piés de aquella Virgen tan pura y tan bella. Pero ya no había un ligero tinte de tristeza en la sonrisa de sus labios, ni hay ya un poso de sentimentalismo en la alegría de su corazón. Mientras entretegia una guirnalda de flores para su Virgen, cantaba una canción impregnada de alegría y optimismo. De cuando en cuando levantaba la cabeza y sonreía, sonreía como antes, a aquella Virgen que también parecía sonreírle.

Y yo me quedé pensativo, sin poder explicarme el por qué de aquella sonrisa, el por qué de aquella canción. ¡Es tan misterioso el corazón humano!...

EL PEREGRINO.

GOYO Y BLASA



MONTADO en su caballo Rocinante
El pare-pare Goyo discurría
Muy satisfecho con el pingüe sueldo
Que el Alto Comité le concedía.

Contento el Caballero iba cantando
Su dicha y su ventura por las selvas,
Nuevo Quijote, planeando hazañas,
Yendo en busca de alguna Dulcinea:

¡Vaya un oficio
Y una carrera,
Que llena el bolso
De esta manera!
Canto respuestas,
Digo *misahan*,
Hago comedia
Y no me atrapan.

Al Máximo acudió Goyo rendido
Para pedir en Matrimonio a Blasa,
Y el Máximo accedió, dando un suspiro,
Mestizo de bostezo y risa franca.

La pobre Blasa le caló al momento
Al Goyo, más zopenco que otro Panza;
Vió el *misahan*, oyóle los gorgeos,
Vió su mal talle y su ignorancia crasa.

¡Vaya un *asawa*
Tan poco listo,
Tan desgarrado
Que me ha caído!
De sus *misahan*
Yo desconfío,
Pues valen menos
Que unos relinchos.

—¿Dónde, dime, aprendiste tú el *misahan*?
—Yo en secreto te afirmo, Blasa mía,
Que no sé ni qué digo, ni qué canto;
Ni apenas vi decir misa en mi vida.
Mas ¿de qué comeré? No tengo oficio,

Y este empleo me sale a maravilla.
¿Qué importa que no entiendan lo que digo,
Si yo tampoco entiendo ni una sílaba?

Páguenle el sueldo
Al pare-pare,
Y la comedia
Siga adelante.
Tengo dineros,
Tengo una *asawa*
¿Qué te parece,
Blasa, la danza?

Y a pocos días se murió la madre
De la Blasa infeliz, al Goyo dada,
Y ella al Padre Católico suplica
Que diga Misas por su madre amada.

—¿Y no es Usted, del pare-pare Goyo
La consorte?—Sí, Padre.—¡Es muy extraño
Que no acuda a su Goyo, el pare-pare,
Que es del Máximo hereje, hijo mimando!...

Sé que no sube
Más de la nipa,
De Goyo el canto,
La falsa Misa.
Quiero a mi madre,
Llevar al cielo;
Dí Misas pronto
Tú, Padre bueno...

MORALEJA:

Es la farsa independiente
Un sainete, una comedia,
Y para estar divertidos
Algunos van a *esa iglesia*.
Mas para salvar el alma
Y acabar con muerte buena,
Busquemos, cual nuestra Blasa,
La Santa Romana Iglesia.

P. DE ISLA.